

El ganado mular en los tratadistas agrarios Pedro Pablo Pomar y Fermín Caballero

Voy a entresacar, a extractar, lo más saliente de dos libros célebres que tengo ante mi mesa de trabajo. Son éstos: «VIAJE DE ESPAÑA en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse, que hay en ella; su autor D. ANTONIO PONZ, Secretario de S. M., &, Madrid MDCCCII», y «FOMENTO DE LA POBLACIÓN RURAL, por el EXCMO. Sr. D. FERMÍN CABALLERO, Madrid, 1864».

El Viaje de España de Antonio Ponz, es el Buedeker más antiguo de nuestro país; es una crónica y a la vez un tratado de arte y de historia, con una documentación tal que bien puede decirse que cuanto con sagaz espíritu crítico escribió D. Antonio Ponz en las postrimerías del siglo XVIII es de actualidad, y hace aún más inexplicable el hecho de que nadie, ni siquiera el Patronato del Turismo, se haya preocupado en hacer una edición, moderna pero respetuosa, de los veintitantos o treinta y tantos tomos del famoso VIAJE DE ESPAÑA. La Sociedad Geográfica, las Academias de la Historia y de Bellas Artes, tienen la palabra, si es que no entra en sus cálculos el llevar a cabo aquella tarea la casa que continúa la edición crítica de los clásicos castellanos....

Abramos por la página 103 este tomo XVII que trata de Andalucía. Hemos salido de Córdoba, después de deambular con D. A. Ponz por todas las iglesias, y coincido con él—hoy también en el año 1936—en sus juicios acerca de los retablos, tallas, doraduras y estofados. El autor es muy aficionado a interrumpir sus relatos con largas divagaciones. Y, en efecto, se le ocurre ahora «que es indispensable decir alguna cosa de las que en cierto modo hacen famosa todavía en nuestros tiempos esta ciudad... y son los generosos caballos que se crían y meten en sus cercanas dehesas. Se echaría de menos esta circunstancia, tratándose de Córdoba. Cabalmente acaba de llegar a mis manos un ejemplar de cierto discurso presentado a la Real Sociedad Aragonesa en el año de 1784, dado a la luz el año pasado de 1789, su autor D. Pedro Pablo

Pomar, segundo Director entonces de dicha Sociedad; el título es: «DISCURSO SOBRE LAS CASTAS DE LOS CABALLOS DE ESPAÑA, SU DECADENCIA, Y ALGUNOS MEDIOS DE RESTABLECERLAS».

Atribuye al uso de las mulas—además de haber degenerado los caballos—la destrucción de la especie caballar encaminada a su total ruina. Cita a Plinio, Marcial, Justino y Pomponio Mela que alabaron los caballos españoles, el último de los cuales celebra a España por su abundancia de hombres, caballos, hierro y plomo.

España podía contribuir a sus reyes en tiempos de Felipe IV con 79.990 caballos. De ellos, Andalucía y Extremadura con 26000. Y eso que ya entonces era notoria la escasez y decadencia de los mismos, iniciada en tiempos de



Potros de un año de la Yeguada Nacional de Córdoba

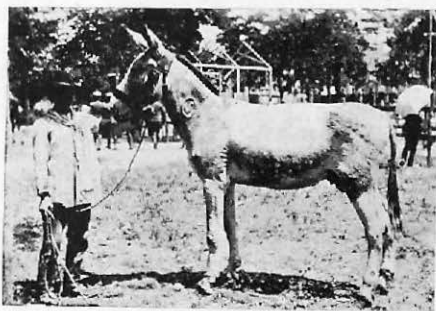
Felipe II, el cual ordenó que nadie anduviere en coche sino con cuatro caballos con el objeto de extinguir la casta de las mulas. Carlos II hubo de prohibir el uso de mulas en el plazo de un año en los coches. Carlos III insistió en lo mismo.

«Nunca ha sucedido—dice Pomar—lo que ahora, de tener dehesas arrendadas para criar los potros, pagando el Rey raciones para lo que no le ha de aprovechar en mucho tiempo, y estando a pié regimientos de Caballería... Cuando se peleaba con armas de hierro—dice Juan de Herrera en su Agricultura—pesaba el hombre

con la silla acerada de doce a catorce arrobas; pesos que no podría sufrir ningún caballo de Andalucía».

Refiriéndose al cruce entre la yegua y el garañón, menos fecundo que con el caballo, aparte el resultado híbrido consabido, «en Andalucía está prohibida esta junta monstruosa... y de tal modo han degenerado en las provincias de Castilla, Asturias y Galicia las castas que apenas se encuentra un buen caballo, donde fueron tan aplaudidos». ¡Aquel Babieca, del Cid...!

Hágase la comparación de dos yeguas, entregada la una al caballo, y la otra al garañón, y se verá que pariendo ésta todos los años dará catorce mulas en diez y ocho años, que a razón de tres mil reales cada una importarán 42.000 reales, y la primera, pariendo también todos los años, 14 yeguas, estas hijas suyas pariendo también a los cuatro años, y pariendo las hijas



Garañón andaluz premiado en el concurso de ganado de Córdoba de 1920

de éstas cuando la abuela tuviese 12 años, hubiera producido ésta en los 18 años, 702 crías, que no a mil reales sino a 500, importarán 51.000 reales. Si se calculase a 1.000 reales, serán 102.000 reales. Es decir, 9.000 reales más, en el primer caso, o ¡60.000 reales más! en el segundo, que aquellas solas 14 mulas».

«Todo esto sin contar con la mayor utilidad de los servicios, aun cuando las ciento dos bestias fecundas fuesen más débiles que las 14 mulas, cosa que no ocurriría una vez restablecidas las castas».

«Hágase ahora otra comparación... 12 yeguas al garañón y 12 al caballo, suponiendo que solo paren un año sí y otro no: las primeras darán en 18 años 84 crías estériles, y las doce del caballo 612 crías fecundas. Naciendo la mitad hembras, se lograrán 306 yeguas; y en los 18 años siguientes, alternando los partos del mismo modo, podrán producir 16.524 bestias caballares, cuyo número añadido a las 612 que dieron las doce primeras yeguas, ascenderá a 17.136 bestias fecundas,» en 36 años.

Comenta el autor cómo nuestras artes, ciencias, agricultura, industria, fueron en gran decadencia después del descubrimiento de las Indias, deslumbrándonosos tesoros pasajeros... se disminuyó la población con arrojar a los moriscos, con la continua transmigración de los naturales a la América, con levas y alistamientos... «Se pensó en suplir estas faltas y entonces probablemente fué cuando se echó mano de las mulas para labrar más terrenos...» «España sola es la que ha abandonado la ventajosa labor de los bueyes por la de las mulas; y no es fácil entender cómo habiendo introducido los nuestros en la América las labores de las tierras no haya ninguna parte que no se are con bueyes: prueba de que aquí se hacía lo mismo en aquellos tiempos. Se admiran los mismos americanos...» «Ellos (los extranjeros) se burlan muy bien de nosotros, y de nuestras mulas, teniendo en todas partes trenes de caballos y yeguas más magníficos que los nuestros para la ostentación, coches de sobra en todas las ciudades, para diligencias... con un sobrante de caballos para todo: los más bastos y grandes para tirar grandes pesos; los finos y orgullosos para el regalo y comodidad; los pequeños y vigorosos para otros fines; mientras España ha ido perdiendo sus excelentes castas con el suplemento de las mulas».

«...pero al fin en Andalucía se encuentran caballos malos o buenos mejor que en las demás provincias. El Labrador (lo escribe con mayúscula; ¡muy bien!) se aniquila cuando se le mueren las mulas... no logra las cosechas que con los benéficos y robustos bueyes lograría, cuyos despojos le serían también lucrosos».

«Se puede asegurar que cada año entran 1.000 yeguas y de 20 a 25.000 mulas, que

a razón de 20 doblones importan dos millones ochenta mil pesos...»

«Desde el fin del siglo pasado (XVII) empezé Inglaterra a mejorar sus castas de caballos para montar y para carruajes de todas suertes. El éxito fué tan feliz, mezclando las castas inglesas con españolas, africanas y asiáticas, que han llegado a ser sus caballos tan apreciables y en tal número que son un gran ramo de comercio para dicho Reino; sumamente acreditados en toda Europa; unos para montar y otros para coches y demás carruajes».

«...Solamente podemos contar con los caballos de Andalucía, cuyos generosos animales es lástima sacrificarlos a los coches o carruajes, cuando podríamos tener grandísima abundancia de otros más a propósito, grandes y fuertes, para tales destinos, quedando los andaluces para uso del Soberano, de su Corte, Grandes, Nobleza, etc., y para otros usos dignos de su finura, fogosidad y belleza».

«El particular prefiere su pronta y segura ganancia (las mulas) a la del público, que es la que pertenece al gobierno». «Se dan las yeguas al garrón porque sobre una ganancia cuadruplicada que les resulta de las crías, ganan también en venderlas al destete, y salen del riesgo de que se les mueran al criarse».

«Casi es un fenómeno encontrar en las diversas ciudades del reino quien por afición tenga un caballo, pero sí mulas para sus coches, habiendo llegado a posponer este noble animal a la indecencia de la mula para viajar, o visitar sus posesiones».

«De este modo es imposible tener caballos, no habiendo quien los compre, como no habría viñas ni otras cosechas, faltando el consumo».

«Es un error no dar a las yeguas sino caballos de su misma casta; desgracia que ha perdido algunas muy buenas».

«Adviértase que comúnmente se ponen en los coches caballos viejos, desecho de militares, y sin embargo los interesados en las mulas hacen un capcioso paralelo entre éstos y aquéllas de más talla y hueso...».

«La preferencia de las mulas es un capricho o tema. En Francia, Italia, Inglaterra, Alemania...

tiran pesos mayores que los nuestros con sus caballos, y la artillería de los ejércitos...».

«Tal ha sido la ilusión de las mulas que ya no se estudian ni entienden las calidades por las cuales celebró tanto la antigüedad a los caballos españoles... membrudos, de oreja pequeña, cañas proporcionadas, cernejudos, cortos de cuartillas; distintos de los de ahora, muy cañilavados y sin cernejas, no haciendo alto en la proporción que deben tener los huesos de piernas y brazos, que son los fundamentos del edificio. Más hueso tienen los caballejos de los aguadores de Madrid que los mayores caballos de Andalucía. Aunque su casta está ya muy degenerada, viene de los caballos grandes y fuertes



Moratalla.—Abril 1936.—Yeguas árabes de la Yeguada Nacional de Córdoba

que tuvimos, mejores que los de otras naciones, como sus propios autores atestiguan. Ahora los quieren bonitos, no hermosos y robustos».

«En Jerez de la frontera, de cierto tiempo a esta parte se han compuesto mucho los caballos, siendo ahora más grandes que antes y de más hueso. *Un vecino inteligente, a quien llaman el Soldado, compró por poquísimo dinero una mala y llaca yegua frisona que casualmente llegó a Cadiz; le echó su caballo y le produjo un hermoso potro, de cuya raza se compusieron algunas de las de dicha Ciudad que produjeron excelentes caballos, cuyos dueños se precian de que descienden del caballo del Soldado y de la frisona».*

Habría que «comprar unas cuatro mil yeguas

extranjeras de diversos países, como de Italia, Alemania, Dinamarca, etc., con doscientos caballos de Normandía e Inglaterra, que son los más vigorosos que hoy se conocen, y sabemos por experiencia que duran más en España y mejor se acomodan a la paja, cebada o avena... Haciendo la distribución entre poseedores de tierras que, teniendo pastos propios, quisiesen comprar algunas con la condición de pagarlas en diez años... y mejor entre labradores de alguna posición... y con uno o dos potros buenos que produjesen, podrían pagar en menos de los diez años lo que costó la madre, reintegrando de este modo el capital al Estado...»

«Los caballos para yeguas extranjeras deberían ser andaluces, y extranjeros para las yeguas españolas. Se entregarían de ellos los Ayuntamientos o comisionados que se nombrasen y su costo podría satisfacerse con un derecho moderado, que pagaría poco a poco cada dueño de yegua en el tiempo de la remonta».

«...los señores reyes Felipe II y Carlos II mandaron que los Concejos en donde hubiere veinte yeguas de cría debían tener un caballo padre; últimamente por una Cédula del señor Felipe V del año 1746, se manda que se compren caballos padres para los Concejos del caudal de propios, pudiéndose hacer, sin embargo, de embargos o concursos de acreedores, por el bien de la causa pública».

Luego, con el característico pesimismo que tiene en nuestro país la literatura hípica, a través de todos los siglos, dice que cada vez hay menos caballos buenos en España, que se acabará del todo la cría caballar, que la dirección de este ramo ha pasado sucesivamente por el Consejo de Castilla, por el Consejo de Guerra, por una Junta de personas distinguidas, otra vez al Consejo de Castilla, luego otra Junta formada por Felipe V, etc.

De todo ello deduce la miseria de la producción caballar, la falta de buenos ejemplares, la necesidad de importar castas extranjeras vigorosas, como los normandos, por ejemplo, la hermosura de los caballos ingleses, y el daño de la producción mular, sin dejar de lanzar el consabido tiro sobre las corridas de toros, donde acaban aquellos útiles animales.

Hace nuevas y largas disquisiciones, que se remontan a citas históricas, como las de carreras de caballos descritas por Silio Itálico, en que la mayoría eran caballos asturianos y gallegos, y propone una distribución de sementales y yeguas, concertando cruces y mestizajes, a los que Pomar atribuye, con

arreglo a los conocimientos de su tiempo, una decisiva eficacia.

Las reflexiones que hace Ponz con motivo de la memoria de Pomar son también sabrosas, y reitera su excusa de que tratándose de Córdoba no podía por menos de hablar de los caballos de España, más estando en esta ciudad las Reales Caballerizas y dehesas famosas para mantener y cuidar los dedicados al servicio de su majestad, ya que los andaluces están entre los más famosos del mundo, y trae a colación el elogio del Duque de Newcastle.

Termina dando la estadística de las cabezas que su majestad tiene en las dehesas y reales caballerizas, que suman en total seiscientos doce, a saber: caballos padres de cinco a doce años, 21; potros de cuatro a cinco, 42; recelas, 3; capones de servicio, 13; yeguas de tres años a veinte, 371; potrancas de un año a tres, 91; rastras: mamonas, 35, y mamonas, 33; total, 612.

Don Fermín Caballero ha sido premiado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas con su *Memoria de la Población Rural*, de la que se publica una tercera edición, de Real Orden, por el Ministerio de Fomento, el año 1864.

Hay un ciclo de tratadistas del campo, desde Jovellanos a Caballero, que inician los profundos estudios estadísticos, económicos y sociales del campo que han de venir después, y han de llenar los confines de siglo, para embriagar más tarde la primera mitad del siglo XX.

Caballero hace un magnífico estudio de la población rural, sus diversidades peninsulares, las bondades y defectos de la explotación rural, define el coto redondo acasado, encuentra más vicios en el minifundio que en el latifundio, etc., y se enfrenta con el ganado mular, del cual dice que «es uno de los más fatales vicios de nuestra agricultura».

Describiendo las casi esteparias llanuras castellanas, dice que para la típica labor de ellas, fraccionada y distante, debieron creerse necesarios animales adecuados. Y a continuación describe: «queríanse animales resistentes a toda clase de faenas, a todo género de intemperies, que caminasen ágiles, con grandes cargas, jornadas enteras, que antes y después de la obra agraria resistiesen leguas de marca». Y tras panegírico teórico, dice que los labradores insensatos, en vez de mejorar las castas de otros animales más útiles, se dedicaron a crear el híbrido infecundo resultado de un contubernio bestial, con otras diatribas muy de la época.

Pero, tras los consabidos y conocidos ataques al ganado mular, Caballero hace una gran revelación, todavía no suficientemente analizaday que encierra a nuestro juicio una gran verdad. «Porque es importante que se sepa por todos, dice Caballero, lo que hasta ahora no he visto bien explicado en ningún libro agronómico de los muchos que condenan la labor de mulas: *que la continuación de estos animales en el cultivo se debe, más que a los años, a los criados.* (El subrayado es del autor).

Luego se extiende ampliamente en las razones y argumentos que apoyan su afirmación, y hace una disección cruda, pero real, de la conducta de los gañanes, que en muchas épocas parecerá flagelante para el obrerismo en auge, pero que representa una realidad exacta. Apoya sus asertos en experiencia personal, y llega a la conclusión de que para el gañán castellano no hay otro animal posible de trabajo que el mular.

Es, por consiguiente, pesimista, respecto a la sustitución de «la maldita raza» como llama al ganado

mular, y aduce los ejemplos de otras naciones europeas, cuyo ganado de labor, caballar o bovino, es más adecuado y de mayores rendimientos que la mula.

Las diatribas de don Fermín Caballero contra el ganado mular, reconociendo la imposibilidad de su sustitución por la condición de los obreros y las características de la jornada agrícola, han aumentado de valor con el correr de los años, y deberían ser tenidas en cuenta por quienes reglamentan las labores agrícolas.

N. de R. El anterior artículo es debido a la pluma del doctor Catedrático don Juan Carandell y Pericay, que regentaba interinamente las enseñanzas de Ciencias Naturales en nuestra antigua Escuela de Veterinaria, y era asiduo colaborador de esta Revista. Perdió el original con motivo de los trastornos sobrevenidos al empezar el Movimiento Nacional del año 1936, y habiendo tirado en la Imprenta hasta el pie de la página 13, ha sido preciso componer el resto hasta su final a la vista de los textos comentados, ya que la muerte del ilustre Catedrático, acaecida el 30 de septiembre de 1937, nos arrebató a un amigo magistral y compañero querido, y a la ciencia española de uno de sus más esclarecidos valores.

